

Capítulo 19

LA GRACIA DE DIOS

Dios de toda gracia, cuyos pensamientos hacia nosotros son siempre pensamientos de paz y no de maldad, danos un corazón capaz de creer que somos aceptos en el Amado, y danos una mente que admire esa perfección de sabiduría moral que encontró una forma de mantener la integridad del cielo, y con todo, recibirnos a nosotros en él. Estamos atónitos y maravillados de que Alguien tan santo y temido nos invite a este banquete, y haga que la bandera sobre nosotros sea el amor. No podemos expresar la gratitud que sentimos, pero mira tú en nuestro corazón y léela allí. Amén.

En Dios la misericordia y la gracia son una, pero cuando nos alcanzan a nosotros, las vemos cómo dos, relacionadas, pero no idénticas. Así como la misericordia es la bondad de Dios que confronta la angustia y la culpa de los humanos, la gracia es su bondad dirigida hacia la deuda y el demérito del hombre. Por su gracia, Dios atribuye mérito donde no existía antes ninguno, y declara que no existe deuda donde había existido una anteriormente.

La gracia es el beneplácito de Dios que lo inclina a concederles beneficios a quienes no los merecen. Es un principio con existencia propia, inherente a la naturaleza divina y que aparece ante nosotros como una propensión a compadecer a los miserables, perdonar a los culpables, recibir a los parias y hacer entrar en su favor a los que antes se hallaban bajo una justa reprobación.

Su uso para nosotros, seres humanos pecadores, consiste en salvarnos y hacernos sentar junto con Él en los lugares celestiales para demostrar ante las edades las insondables riquezas de la bondad de Dios hacia nosotros en Cristo Jesús. Nosotros nos beneficiamos eternamente de que Dios sea tal como Él es. Porque Él es lo que es; levanta nuestra cabeza y nos saca de la prisión; nos cambia las ropas de prisioneros en vestiduras reales y nos hace comer el pan continuamente en su presencia todos los días de nuestra vida. La gracia brota muy dentro del corazón de Dios, en el pasmoso e incomprensible abismo de su santo Ser, pero el canal a través del cual fluye hacia los seres humanos es Jesucristo, crucificado y resucitado.

*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.
Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.
Efesios 2:8-9 (RV60)*

El apóstol Pablo, quienes por encima de todos los demás el expositor de la gracia en la redención, nunca separa la gracia de Dios del Hijo de Dios crucificado. En sus enseñanzas, siempre se encuentran ambos juntos, orgánicamente uno solo e inseparables.

Encontramos un hermoso y completo resumen de las enseñanzas de Pablo sobre este tema en su epístola a los Efesios: “En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos

hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.”

También Juan, en el evangelio que lleva su nombre, identifica a Cristo como el medio a través del cual alcanza la gracia a la humanidad: “Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.”

Con todo, es aquí mismo donde es fácil salirse de la senda y extraviarse lejos de la verdad, como han hecho algunos. Son los que han obligado a este versículo a presentarse solo, sin relación con las demás Escrituras que se refieren a la doctrina de la gracia, y hacerlo enseñar que Moisés sólo conocía la ley y Cristo sólo conoce la gracia. De esta manera se convierte el Antiguo Testamento en un libro de ley, y el Nuevo Testamento en un libro de gracia. La verdad es muy distinta.

La ley les fue dada a los hombres a través de Moisés, pero no se originó con él. Había existido en el corazón de Dios desde antes de la fundación del mundo. En el monte Sinaí se convirtió en el código legal para la nación de Israel, pero los principios morales que comprende son eternos. Nunca existió un momento en el que la ley no representase la voluntad de Dios para la humanidad, ni un momento en el cual su violación no trajese consigo su propio castigo, aunque Dios fue paciente, y algunas veces pasaba por alto las malas acciones debido a la ignorancia del pueblo.

*De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia, pues la ley fue dada por medio de Moisés, mientras que la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer.
Juan 1:16-18*

Los argumentos estrechamente enlazados que presenta Pablo en los capítulos tercero y quinto de su epístola a los Romanos hacen ver esto con gran claridad. La fuente de la moralidad cristiana es el amor a Cristo, no la ley de Moisés; sin embargo, no ha habido una abrogación de los principios de moralidad contenidos en la ley.

No existe ninguna clase privilegiada que se halle exenta de esa justicia que prescribe la ley. Ciertamente, el Antiguo Testamento es un libro de ley, pero no solamente de ley. Antes del gran Diluvio, Noé “halló gracia ante los ojos de Jehová”, y después de haberle entregado la ley a Moisés, Dios le dijo: “Has hallado gracia en mis ojos.” ¿Cómo habría podido ser de otra forma? Dios siempre será Él mismo, y la gracia es un atributo de su santo Ser.

Para Él es tan imposible esconder su gracia como lo es para el sol esconder su resplandor. Los hombres podrán huir de la luz del sol para esconderse en las tenebrosas y húmedas cavernas de la tierra, pero no pueden apagarlo. De igual forma, en cualquier dispensación que sea, los hombres podrán despreciar la gracia de Dios, pero no la pueden extinguir.

Si los tiempos del Antiguo Testamento hubieran sido solamente tiempos de una ley rigurosa e inflexible, el mundo habría tenido en su temprana edad un aspecto muchísimo menos alegre del que

encontramos en los escritos de la antigüedad. No habría existido un Abraham, amigo de Dios; ni un David, hombre según el corazón de Dios, ni un Samuel, Isaías o Daniel.

El capítulo once de la epístola a los Hebreos, esa galería de la fama de los espiritualmente grandes en el Antiguo Testamento, permanecería a oscuras y sin ocupantes. La gracia fue la que hizo posible la santidad en los días del Antiguo Testamento, tal como lo hace hoy. Nadie ha sido salvo jamás, sino por gracia, desde Abel hasta el momento presente. Desde que la humanidad fue expulsada del huerto del oriente, nadie ha regresado jamás al favor divino, si no ha sido gracias a la pura bondad de Dios.

Pero la transgresión de Adán no puede compararse con la gracia de Dios. Pues, si por la transgresión de un solo hombre murieron todos, ¡cuánto más el don que vino por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, abundó para todos!
Romanos 5:15

Y dondequiera que la gracia ha alcanzado a algún ser humano, siempre ha sido por medio de Jesucristo. Ciertamente, la gracia vino por Jesucristo, pero no esperó a que Él naciese en el pesebre, o a que muriese en la cruz, para poder actuar. Cristo es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo.

El primer hombre de la historia humana que fue regresado a la comunión con Dios lo hizo por medio de la fe en Cristo. En los tiempos de la antigüedad, los hombres esperaban la obra redentora de Cristo; en los últimos tiempos la recuerdan, pero siempre han venido y vienen a ella por gracia, por medio de la fe.

Debemos tener presente también que la gracia de Dios es infinita y eterna. Así como no tuvo principio, tampoco podrá tener fin, y por ser un atributo de Dios, no tiene límites, como la infinitud. En lugar de esforzarnos por comprender esto como verdad teológica, sería mejor y más sencillo que comparásemos la gracia de Dios con nuestra necesidad.

Nunca podremos conocer la enormidad de nuestro pecado, ni tampoco es necesario que la comprendamos. Lo que sí podemos saber es que “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. “Abundar” en el pecado: he aquí lo peor y lo mayor de cuanto nosotros podíamos o podemos hacer.

La palabra abundar define el límite de nuestra capacidad finita, y aunque sintamos levantarse nuestras iniquidades sobre nosotros como una montaña, con todo, esa montaña tiene unos límites definibles: es de tal tamaño, tiene tal altura, sólo pesa esta cierta cantidad, y nada más.

Ahora bien ¿quién puede definirla ilimitada gracia de Dios? Su “sobreabundancia” hace que nuestros pensamientos se sumerjan en el infinito, y los confunde allí. Toda la gratitud para Dios, por la abundancia de su gracia. Los que nos sentimos apartados de la comunión con Dios podemos ahora levantar nuestra desalentada cabeza y mirar a lo alto.

En lo que atañe a la ley, esta intervino para que aumentara la transgresión. Pero, allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, a fin de que, así como reinó el pecado en la muerte, reine también la gracia que nos trae justificación y vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor.
Romanos 5:20-21

Por medio de las virtudes de la muerte expiatoria de Cristo, la causa de nuestra expulsión ha sido quitada. Podemos regresar, tal como regresó el Pródigo, y recibir la bienvenida. Cuando nos acerquemos al Huerto, nuestro hogar antes de la Caída, se apartará de él la espada llameante. Los guardianes del árbol de la vida se echarán a un lado cuando vean acercarse a un hijo de la gracia.

*Regresa, vagabundo, regresa ahora,
y busca el rostro de tu Padre;
esos nuevos anhelos que arden en ti,
fueron encendidos por su gracia.
Regresa, vagabundo, regresa ahora,
y enjuga la lágrima que se desliza:
tu Padre te llama, no sigas lamentándote,
que es el amor el que te invita a acercarte.*

William Benco Collyer